

MODERNIDAD Y POSMODERNIDAD EN EDUCACIÓN*

Rosa Nidia Buenfil, Fernando Fernández Font y Andrés Peixoto

*Moderador: Miguel Bazdresch***

MBP. El propósito de esta reflexión es aligerar un poco el tema de la posmodernidad de por sí pesado, a fin de acercarlo a los maestros, a los interesados en la educación y aclarar algunas de las consecuencias para la educación y para nuestra práctica educativa.

Empezaremos esta conversación con base en preguntas que les hemos planteado con anterioridad a los ponentes y alrededor de las cuales, los asistentes podrán participar posteriormente.

Debo decir que el método es inusual en nuestro medio. Los tres me decían "¿es que no tengo que leer?, ¿no tengo que preparar ponencia?" "Sí tienes que prepararte, pero no vamos a leer una ponencia; si tu pensamiento queda más claro leyéndola, no hay ninguna dificultad, pero la idea del método es justamente aligerar el pensamiento y las propuestas a base de proponer una conversación". No significa que necesariamente tengan que ser coincidentes o que no discutan ideas contrarias, pero la idea es hacerlo como lo haríamos gente pensante sobre un tema importante, precisamente a través de gente que lo ha pensado, le ha interesado y tiene algo que decir a todos nosotros, para compartir esta conversación con todos los asistentes.

Cambios o novedades conceptuales del pensamiento posmoderno

MBP. ¿Cuáles son, en la consideración de cada uno de los tres, los principales cambios o novedades conceptuales del pensamiento posmoderno? La idea es que tengamos una primera visión de ¿qué tiene que ver?, ¿qué aporta este pensamiento posmoderno en sí mismo?

* Mesa redonda presentada en el VI Simposium "Valores y Currículo: intenciones y realidades del Departamento de Educación y Valores del ITESO.

** Investigadora titular del Departamento de Investigación Educativa del CINVESTAV del IPN. Profesor del Instituto Libre de Filosofía. Jefe del Departamento de Educación y Valores del ITESO. Profesor emérito del Departamento de Educación y Valores del ITESO.

FFF. La pregunta yo la formulé así: ¿qué cambios o novedades conceptuales hay en el pensamiento posmoderno?

La primera anotación es que tanto modernidad como posmodernidad son categorías para tratar de recuperar fenómenos diversos que abarcan desde lo filosófico y lo social, hasta el hombre de la calle; es la manera como de ordinario cualquiera de nosotros vamos viviendo estos fenómenos, muchas veces sin percatarnos muy profundamente de lo que vamos viviendo. Por eso, me voy a referir no tanto a una postura teórica -que incluso entre los mismos teóricos de la posmodernidad hay sus diferencias y matices- sino a lo que oímos por ahí.

La posmodernidad es una nueva forma de ver y experimentar la vida que tiene, desde mi punto de vista, dos énfasis fundamentales: primero, un desencanto de la modernidad, de la confianza casi desmedida en la razón; con la cabeza, con la inteligencia podemos hacer prácticamente todo y eso lleva y suscita un progreso que se ofrecía como el que iba a redimir y a solucionar, ya para siempre y hacia adelante, los problemas de la humanidad. Esto no funcionó.

Segundo, una recuperación del individuo. La defensa del individuo también fue la bandera de la modernidad desde la Revolución Francesa, pero se trata de recuperar un individuo que al parecer la misma modernidad aplastó de una o de otra forma; pudiéramos formular que mientras la modernidad quiso rescatar al individuo racional, entre comillas, ahora la posmodernidad intenta destacar y rescatar al individuo sentimental; pasar del homo sapiens que hemos estado oyendo al homo sentimental, el hombre que también tiene un sentimiento, una afectividad, una capacidad de sentir y que la razón lo ha matado.

Por eso, como consecuencia de esta reacción, desde donde se relee toda esta realidad nueva, se intenta desprenderse de esas cargas de la modernidad. Subrayaría algunas de esas consecuencias.

Hay que liberarse de la razón moderna y reemplazarle con una razón débil y maleable; es decir, dejémonos de una razón cuyo principio es la lógica y vayamos más a la espontaneidad de esa inteligencia creadora; no se trata de explicar sino de vivir, hay que deconstruir; se supone que la modernidad construyó y fundamentó la realidad, el pensamiento y las ciencias. Hay que deconstruir -quitar esa construcción- esas justificaciones, porque finalmente fueron ideológicas, no cumplieron lo que ellas proponían.

Hay que liberarnos de una concepción finalista de la historia y también de la concepción del tiempo que esta historia implicaba. Se rechaza que la historia necesariamente supone mejorar y que nosotros somos llevados por una mano invisible hacia una esperanza y un progreso; eso no es cierto. Por otro lado, la concepción moderna del tiempo nos oprime, tenemos que cargar el pasado y afrontar el futuro con él a las espaldas, de manera que abandonemos esas concepciones para fincarnos en el presente.

Hay que liberarse por consiguiente de los macrorelatos o utopías, percibidos como unas camisas de fuerza para la experiencia humana. Por eso, hay que sustituirles con lo que se ha llamado la voluntad del fragmento. Cada uno vivimos un fragmento, cada uno tenemos un espacio limitado, eso hay que vivir; lo que importa entonces es vivir ese presente, son los pequeños relatos de la cotidianidad, es vernos libres de esos proyectos.

Hay que liberarnos de esa valoración excesiva otorgada a la razón y que se ha puesto por encima de la sensibilidad. El hombre, como suscribirían los existencialistas, es simplemente su esencia, un ímpetu existencial, es la vida la que surge entonces, no hay que ponerle cortapisas; cada uno tenemos la propia vida y hay que dejar que eso fluya. Como dirían los psicólogos, hay que permitirnos sentir, por eso se abre todo un espacio al hedonismo y se produce una especie de sacralización de la vida cotidiana. El cuerpo, las dietas, el deporte, la música, la danza, el sexo, etcétera.

Hay que liberarse de la etapa ética que ha suprimido a la etapa estética; es decir, en el fondo, en términos psicológicos, hay que pasar de Prometeo a Narciso. Parece que nuestra época es una sociedad más narcisista que se mira a ella misma, y no tiende a un prometeísmo que quiere arrancarle el fuego a los Dioses; por lo tanto, hay que dejar el deber ser para quedarnos con el ser.

La ética, que regiría los comportamientos humanos, ha de ser provisional y contextualizada, es el imperio de lo efímero; es decir, de lo que pasa y aceptemos esa condición humana. En la insoportable levedad del ser, gran película de la novela de Milán Kundera, el ser es lo más leve, y aunque está claro que ello es difícil soportar, nuestro momento es el de la recuperación de la individualidad y la subjetividad superada la época del colectivismo. Lo primero y primario ha de ser el individuo y esto nos lleva también a una privatización de todas las esferas de la vida: se afirma "es mi problema", "es mi ámbito", "esto es lo mío", "es privado".

También hay que liberarnos de las instituciones, Aunque se acepta que si algunos desean reunirse, lo hagan libremente y sin compromiso, cada vez es mayor escepticismo ante la universidad, la escuela, el gobierno, el partido. Es interesante observar que a pesar de los énfasis de la modernidad, no se puede afirmar con toda certeza que la época moderna fue secularista y se dio la muerte de Dios. En la actual y una nueva etapa, se habla del postsecularismo pero sin institución: "religión a la carta" que expresan el new age, las magias, astrologías, los movimientos esotéricos y de corte hindú en general. Finalmente, en síntesis, hay que liberarse de cualquier cosa que coarte mi libertad individual.

RNB. Voy a exponer algunas de las opiniones que poco a poco he formulado en relación a este tipo de preguntas: ¿qué tantos cambios o novedades conceptuales hay a partir de lo que se conoce ahora como el pensamiento posmoderno? Es difícil pensar en cambios, pienso que hay continuidad en ciertos aspectos y quiero detenerme en eso, pero antes voy a hablar de los usos más frecuentes y de los sentidos que comúnmente se asocian a la palabra o a la categoría posmodernidad y después haré algunas aclaraciones de lo que entiendo por posmodernidad.

Estoy de acuerdo en algunos puntos con Fernando, quizá con menos fuerza e idea de dicotomía. Los usos más frecuentes que uno encuentra asociados al término posmodernidad son por ejemplo, el fin de la historia y el fin de las ideologías, que sostiene Fukuyama y otros autores e intelectuales bastante conocidos. En el ámbito de los funcionarios mexicanos, por ejemplo, posmodernidad se asocia con ociosidad intelectual; en algunas esferas, posmodernidad se asocia con moda académica; incluso he llegado a escuchar entre algunos académicos una asociación entre el término posmodernidad y una revoltura que repugna a los criterios científicos. Se ha

entendido como el abandono o la superación o el rechazo de los grandes relatos de la Ilustración.

Allí pondría el primer matiz. Insisto que no podemos pensar en ese abandono o en ese rechazo. Desde luego Francois Lyotard, Gianni Vattimo o algunos otros autores sí se afiliarían al rechazo, abandono y superación. En vez de ello, tiendo a la idea de pensar en reposicionarse o remodelar los temas de la modernidad, los grandes principios o valores de la modernidad, desde un lugar distinto. Quiero referirme al concepto que sostendría de posmodernidad, en tres dimensiones particulares.

No entiendo la posmodernidad como la superación de la modernidad, ni como una época y tampoco la entiendo como un pensamiento unificado. La posmodernidad podría enfocarla en tres dimensiones.

Una como condición existencial; es decir, aquello a lo que estamos expuestos todos los días, similar a la vida cotidiana o al mundo de vida, podríamos afirmar que es la condición en la que existimos, la condición que existe y en la cual somos arrojados: aquí estamos, aquí llegamos y éstas son las condiciones en las que nos toca vivir, querámoslo o no.

Esta condición existencial alude sí a la proliferación de relatos y de puntos de vista éticos, pero no estaría muy de acuerdo en que equivalga al abandono de la ética; coincido en la puesta en cuestión de un solo punto de vista ético en la medida que implica una forma diferente de asumir la ética y esta forma se relaciona, entre otras cosas, con la multiplicidad de puntos de vista éticos; me refirero a las condiciones existenciales.

Estos puntos de vista éticos, políticos, estéticos, gnoseológicos, culturales, etcétera aparecen como dados o inmediatos: así son, así es la vida, así son las cosas. Aparecen ante nuestros sentidos y en nuestra vida cotidiana como no mediados, aunque muchas situaciones de suma heterogeneidad, a las que quizá no habíamos tenido acceso, son expuestas a nuestros ojos precisamente por los medios de comunicación. Con el antes me refiero a mi generación, cuando la televisión ya existía en blanco y negro, pero no tenía la facilidad y velocidad para transmitir desde los lugares más recónditos de la tierra.

Gracias sí a los medios de comunicación hoy podemos ver la hambruna en Etiopía o la matanza de Actial con sólo cambiar o presionar un botón del control remoto; en cuestión de segundos, podemos ingresar en las carreteras electrónicas de la Internet, ver los documentales sobre la evolución de la tierra; tener información a la que antes tendrían acceso solamente los iniciados. Con televisión o antena parabólica, el acceso a la existencia de culturas diversas es muy fácil e inmediato en la actualidad.

Comparo con los años 70, cuando existía la televisión, pero pocos eran los programas que permitían un acceso tan directo a todas estas formas culturales; parecía que la cultura occidental era la única valiosa y las otras estaban en proceso de llegar a civilizarse; un día llegarían a ser como nosotros, más o menos. En fin, por condición existencial, aludo a toda esta gran heterogeneidad cultural, ética, estética y política que irrumpe en el presente y a la que tenemos acceso de manera muy fácil.

El segundo plano o dimensión es el horizonte intelectual o de inteligibilidad: categorías mediante las cuales nosotros representamos esa vida cotidiana, ese

mundo de vida o esa inmediatez de la existencia. Como horizonte intelectual, posmodernidad alude a una amplísima variedad de debates intelectuales que median entre la condición existencial y nuestra relación con ella. Estos debates quizá para algunos de nosotros son recientes, pero en absoluto lo son: el debilitamiento de las esencias, la erosión del carácter último de los fundamentos, el cuestionamiento al carácter absoluto de las esencias, del ser, de la historia, de la razón, etcétera, discusiones que se remontan a principios de siglo, por lo menos su novedad en el campo educativo no significa su inexistencia previa.

A mi juicio, los precursores de este pensamiento, que ponen en duda el carácter absoluto de los fundamentos del pensamiento ilustrado, ya acumulan varias horas de vuelo. En ese sentido diría que este horizonte de inteligibilidad se distingue por el debilitamiento sistemático del carácter absoluto de los valores heredados, pilares de la modernidad; el debilitamiento del carácter absoluto, que no es sinónimo de abandono o rechazo, equivale a cuestionar valores heredados, como el sujeto predestinado con una misión histórica, la historia regida por un telos o por el autodesenvolvimiento de una esencia, la Razón con mayúscula, la ciencia, la verdad, el bien y el mal etcétera, que generalmente fueron asumidos como fijos, definitivos atemporales, universales y trascendentales a priori.

Este debilitamiento incide como horizonte intelectual, que es la segunda dimensión en las formas como vivimos nuestra condición existencial; es decir, el horizonte intelectual es similar a una mediación o apoyo para relacionarnos con esa suma heterogeneidad que es nuestra condición existencial.

Y por último, entiendo la tercera dimensión de la posmodernidad como una actitud ante un mundo de vida. Si los valores morales, políticos, estéticos, culturales, etcétera, son reconocidos como convenciones que los humanos hemos considerado, consensuado y construido socialmente en la historia y no como la irradiación de una esencia metafísica o de un fundamento último, su validez sólo depende del contexto, como decía Fernando Fernández. La validez no es atemporal, no es ahistórica. Y en la medida en que los seres humanos somos quienes construimos y acordamos a lo largo de la historia determinados valores, políticos, estéticos, etcétera, en esa medida también somos responsables de su permanencia o transformación; por tanto, si los valores no se derivan de una esencia última sino que son construcciones culturales e históricas, tenemos que asumir la responsabilidad de mantener aquellos que todavía nos convencen como válidos o transformar los que dadas nuestras condiciones existenciales y nuestro horizonte intelectual ya no sean útiles.

APS. El sentido central de la pregunta es ¿qué contiene de nuevo el pensamiento posmoderno? Pienso primeramente que es una pregunta muy poco posmoderna, aunque si es posmoderno el tiempo del que disponemos para responder con claridad.

Jean Francois Lyotard, luego de insistentes pedidos que le hicieran, intentó explicar la posmodernidad de manera breve y sencilla y escribió un libro con un título muy prometedor: "la posmodernidad explicada a los niños"; ignoro si lo han leído pero puedo asegurarles que uno se pregunta qué niños tendría presente Lyotard, porque tiene un enorme bagaje intelectual y por lo tanto, la pretensión del título queda en una buena intención.

Me gustaría intentar el esfuerzo de explicar la posmodernidad lo más sencillamente posible, desde las personas con quienes nosotros nos frecuentamos concretamente en nuestra tarea educativa, desde los educandos; no hay niños aquí, por lo tanto quedo más tranquilo. Retomo lo que mi compañera afirmaba anteriormente sobre la experiencia cotidiana de la posmodernidad.

Podríamos decir como González Carbajal en "El hombre Contemporáneo", que los filósofos, sin intención de ofender al compañero expositor presente, no son más que notarios rezagados que levantan actas de lo que ocurre en la calle; si les parece, dejamos el punto para la parte de discusión, pero ¿qué es lo que yo pienso que ocurre en la calle, en las calles de nuestras escuelas, de nuestros colegios, de nuestras universidades, de nuestras familias, de nuestras ciudades? Creo que nos encontramos con tres maneras de vivir, estratos culturales o tres modalidades culturales, tres maneras de pensar, actuar, tomar decisiones, tener valores, etcétera: una calificada de tradicional, una segunda de moderna y una tercera, si se quiere, de posmoderna.

La modalidad tradicional alude a un mundo basado en grandes e incuestionables evidencias, a las que nos adherimos por imitación o por reproducción. Hay que reproducir tal o cual valor, que es absoluto, de una vez para siempre; por ejemplo, cuántas veces incluso los papás ordenan a los hijos que van a la escuela "tienes que aprender a ganarte la vida", aunque la crisis laboral actual desmienta a la escuela como una garantía para poder mantenerse, o hemos escuchado decir que hoy los jóvenes han perdido el sentido del respeto, pero la afirmación ya presupone una idea y valoración de qué es el respeto, la honestidad, la promoción, el sacrificio. La tradición, el territorio, el origen, la patria, la familia aparecen como componentes de un mundo casi perfecto al cual se intenta igualar y reproducir, donde, de alguna forma, todo lo que se mira hacia el futuro siempre va a tener que ser copia de un pasado.

El pasado se toma como esencia en esta modalidad y por lo tanto, hay muchos pensamientos estándar que parecían que funcionaban pero ahogaban todo tipo de personalidad. La caza de brujas tiene su correlato en todas las épocas, vuelven a aparecer de diferentes maneras; se trata de un mundo que corre el riesgo de ser sumamente aburrido y repetitivo. Según esta perspectiva, quienes intenten ser originales, corren riesgos; los cambios son negativos y aquellos que nos precedieron eran mejores que nosotros: "este grupo -decimos muchas veces en nuestros ámbitos educativos- que me tocó en este semestre, ¡es peor que los anteriores!, vamos de mal en peor, ya no estudian, ya no tienen preocupación por nada"; la universidad era la que estudiábamos nosotros; desde hace dos años resido en Guadalajara y me hablan de la ciudad de antes, pero yo conozco a la actual y a ella tengo que adaptarme; para otros, el abuelo es el personaje y esquema a imitar hasta que al final se descubren cartas comprometedoras en un cajón de la mesa y se descubre que era humano. Se trata de valorar lo mismo, lo conocido, lo probado, lo que ya fue. Creo que hay unas partes de nosotros mismos un poco arcaicas, que no hay que menospreciar, y también que quizás nuestros padres, nuestros abuelos y nosotros mismos hemos sido educados bajo esta perspectiva y mentalidad.

El segundo estrato cultural, que considero importante tener en cuenta y coexiste con el anterior, es el que llamaría modernidad. Es prácticamente la otra cara del

espejo: ya no mira desde el pasado, sino hacia el futuro, con la sensibilidad puesta en un futuro por construir y en una transformación del mundo. No se trata de pensar el mundo sino de transformarlo, si parafraseamos la undécima tesis de Marx sobre Fouerbach; es, por lo tanto, una sensibilidad de lucha y de combate, que desea construir un mundo en nuevas condiciones, porque tal cual es actualmente resulta insoportable, es indigno del hombre y hay que mejorarlo, y a la que grandes sistemas ideológicos y políticos van a abrir caminos. Muy presente en los años sesenta y setenta, esta corriente generó incluso sucesos que finalizaron fuerte y trágicamente reprimidos: recordemos los hechos de Tlatelolco, Praga y los mayos europeos en el 68, "El Bogotazo" en Colombia y las dictaduras en el sur de América Latina, los procesos que los originaron y que luego siguieron a ellos.

Cada uno es invitado a poner su piedra y es artesano de la construcción en la modernidad, el estrato cultural para el que el mundo ideal está en el futuro y donde -creo- se gestan las grandes utopías. Me gustaría destacar que la mayor parte de las personas que hoy en día trabajamos en el campo de la educación dibujamos nuestra profesión bajo esta perspectiva o mentalidad, rasgo más acentuado en el nivel superior; lo valoro como un dato muy importante por las consecuencias educativas que tiene con el tercer estrato cultural.

Aunque pueda tener sus antecedentes muchos años atrás, es posible calificar a la posmodernidad como una mentalidad nueva, cuya presencia es evidente hasta la década actual. Parece surgir de la idea que tienen muchos, sobre todo los jóvenes, de que el mundo en que viven los encierra en muy buenas o pésimas intenciones, que se trata de una trampa, una especie de engranaje de rieles de los que hay que salirse simplemente para vivir.

En el engranaje de la enseñanza, por ejemplo, muchos profesores aseveran que las pedagogías grupales participativas surgidas durante los años 60, 70 y 80 ya no funcionan ¿Qué pasa? No creo que sean defectuosas, sino al contrario: son modelos tan bien contruidos, que muchos temen quedar atrapados, al saber hacia dónde van y dónde terminan, a la vez que también es una forma de escapar a los engranajes de las racionalizaciones. Intervenir en una discusión es parecido a un desafío y a un destino incierto, donde es posible quedar apresado por las racionalizaciones de la misma discusión y el que "gana" no muchas veces es quien tiene más razón, sino el que habla mejor. Hoy, los jóvenes lo comprenden muy bien y entonces dicen ¡yo paso!; no en vano, a quienes tienen esta mentalidad de carácter global -se ha globalizado- les llaman "pasotas" en España, en Francia "le sans opinion", "a mí no me pregunten": se busca escapar del engranaje del mundo laboral, del matrimonio, de la religión, principalmente la institucional, y de todo lo que está establecido por la sociedad. Pensemos concretamente en la iglesia católica; uno indaga entre los jóvenes e impera, muy evidente, una especie de rechazo, astucia, malicia, que no es el sentimiento de indignación de la modernidad ante el mundo existente y su intento de cambiarlo.

Comparemos con el mundo de los grafitis, que dejan ideas y nos mueven a pensar pero algunos de ellos son exclusivos para iniciados, porque no se entiende cuál es el código, y en otros casos su creador ya ni siquiera está. Al tiempo que hoy repudio a abordar determinados temas y que se buscan espacios de libertad a través de la música, el rock global y los viajes han universalizado la cultura joven.

Para concluir, como decía al principio, la mayor parte de nosotros hemos forjado nuestra profesión desde la segunda modalidad cultural, pero hoy trabajamos con sujetos ubicados en esta tercera modalidad cultural. La modernidad se entendía de alguna forma con la primera modalidad porque era una forma de responder a la tradición.

Esta tercera modalidad cultural es otra y es distinta; muchas veces, los lenguajes que surgen de la segunda modalidad cultural son totalmente insignificantes, no dicen nada, no se entienden, pertenecen a otro idioma. Esto es interesante, porque nos ayuda a percatarnos cómo el lenguaje que se habla en el aula muchas veces no es el mismo que se habla luego en los momentos de recreación o de interrupción de clases; en el salón de clases, uno tiene que empezar a hablar de otra cosa, que no tiene nada que ver con lo que ellos viven, hablan, conversan, codifican, etcétera.

¿Posmodernidad en nuestro país?

MBP. Ustedes disfrutan en este momento la oportunidad de escuchar tres voces distintas, complementarias, antagónicas en algunos puntos, que esbozan paulatinamente un panorama dijéramos menos renacentista y quizás más impresionista, más posmoderno de la propia posmodernidad. De todas maneras, nos atrapa la premoderna concepción del tiempo griego, que se mide en minutos y en segundos; de ahí que se interprete como un regaño cuando señalo que el tiempo ha pasado; pero sólo es un apunte descriptivo, "llevas tantos minutos". Fernando nos ha introducido en los conceptos, Rosa Nidia en las dimensiones, Andrés en los estratos culturales que conviven en esta realidad.

Quiero introducir con la segunda pregunta una inquietud muy generalizada entre todas las personas que de alguna manera vivimos en este país: ¿se puede hablar de posmodernidad en México? ¿Hay derecho a hablar de posmodernidad en este país, que muchos de sus rincones, y a veces no sólo rincones, sino sus regiones completas, viven ya no digo el estamento, el estrato de la tradición, sino el estrato del exterminio, de la pobreza, de las condiciones prehumanas que nos podamos imaginar: no es el homo sapiens, sino a lo mejor el homo previo, aunque no sé cuál de todos los hombres previos se pueden acomodar ahí. Pero ¿se puede hablar de posmodernidad en este país con pobreza y situaciones graves? o ¿la posmodernidad es para dejársela a intelectuales europeos que se dedican a perder el tiempo de alguna manera, u ocupar la cátedra, sin vinculación alguna con nosotros, que tenemos que salir de una premodernidad encarnada en las condiciones de pobreza y gravedad antes mencionadas?.

La pregunta tiene el propósito de reflexionar si efectivamente todo este conjunto de conceptos, dimensiones y de formas de plantarnos ante la vida cotidiana tiene relación con este instrumental filosófico y conceptual de la posmodernidad. No sé si acepten un cambio de jugada e invirtamos el orden: empezamos con Rosa Nidia, a continuación Andrés y termina Fernando, para que haya variedad también, por aquello del cuerpo y la sentimentalidad.

RNB. Esta es una pregunta o una serie de preguntas que mucha gente se hace y muchas veces, al menos a mi, me han formulado: si se puede hablar de

posmodernidad en un México pobre y desigual. Creo que se puede hablar de posmodernidad, desde luego, pero todo depende de qué entiende por posmodernidad. Si la posmodernidad es una moda académica, no tiene sentido en México, pero si la entendemos como una condición de existencia, de heterogeneidad, cultural y valoral, no me parece que exista una desconexión en el caso nacional. La pobreza, la desigualdad o la injusticia en México son condiciones existenciales innegables y la posmodernidad es precisamente una forma de entender esta condición de existencia; el país es un ejemplo mismo de una gran heterogeneidad cultural, económica, política, ideológica, étnica y podría seguir con la lista.

Ahora bien, si entendemos que la posmodernidad no alude a una temporalidad, sino a una forma de asumir y a la actitud que tomamos frente a ciertas condiciones de existencia, coincido en mucho con lo que dijo Andrés Peixoto respecto a formas de relación y no tanto con los estratos culturales pero sí a formas de relacionarse. Es decir, si observo las condiciones de opresión e injusticia en Chiapas, averiguo cómo colaboro en la resolución de Chiapas, mi colonia o de mi escuela, no del proletariado internacional; no se declara, a mi juicio, la muerte de la utopía, sino de la utopía global, de la utopía universal, y se asiste, en todo caso, al surgimiento de las, en plural, utopías en plural, locales. Se abandona un pensamiento absoluto precisamente en reconocimiento de la multiplicidad, la heterogeneidad, las combinaciones, del hibridismo en valores culturales, intelectuales, etcétera.

Si entendemos por posmodernidad lo que sugiero, entonces la pregunta sobre el sentido que tiene hablar de posmodernidad en México no es pertinente y creo es más una provocación que una pregunta. De hecho, se puede y se habla de posmodernidad en México, a favor o en contra, a veces algunas tonterías y otras, cosas que son menos tonterías; estar de acuerdo en que se hable depende de qué entendemos por posmodernidad. Para mí, la posmodernidad implica el reconocimiento de este México con muchas etnias y culturas, con diversas regiones y múltiples proyectos políticos, que en los seis u ocho años más recientes ha sido cada vez más evidente.

Todos hablamos de Chiapas, que aparece ya como un lugar común, pero si rebasamos el cliché, el panfleto, la propaganda, Chiapas nos ha enseñado mucho sobre México no sólo en términos culturales y económicos, sino también políticos; las formas políticas tradicionales, y aquí me refiero a tradicionales en un sentido distinto del que se usó en esta mesa, existen y coexisten con las formas políticas occidentales de la tradición ilustrada; ese es el tipo de hibridismo al que me refiero y que es preexistente al proceso actual, aunque quizás antes de 1994 no lo supiéramos o lo tuviéramos olvidado. Reafirmo que la posmodernidad implica el reconocimiento de esta diversidad, multiplicidad y heterogeneidad; a partir de esta heterogeneidad y de su reconocimiento y de la tercera dimensión que señalaba, una actitud ante ello, ustedes piensen si es pertinente o no hablar de posmodernidad en México.

APS. Jugó aquí el verbo poder y el condicionante si se puede hablar de posmodernidad; una respuesta afirmativa es este panel al que fuimos invitados, lo que hacemos en este momento y nadie nos lo impide, pero cabe matizar si es

pertinente hablar de posmodernidad en un México con realidades de pobreza. Creo que deberíamos cuidar que México, así planteado, probablemente resulta una gran abstracción y un concepto del cual emerge un gran relato unificador, para citar a Lyotard; existen en México, sin duda, extensas zonas o sectores de pobreza que están en contacto con zonas o sectores de riqueza, eso es escandaloso y es imposible pretender que no se influyan mutuamente. Sería muy largo desarrollar este hecho, hartamente estudiado por las ciencias sociales, y pienso que cada uno de los presentes, si se hace esta pregunta, de alguna forma también debería preguntarse con qué sector intenta desencadenar procesos educativos y entonces matizar, adaptar y contextualizar las reflexiones generales que nosotros intentamos en esta mesa.

Ya que quizá la palabra estrato entrañaba alguna dificultad para mi compañera, llamémosle modalidad cultural. La modalidad surgida en los años noventa, como impacto de una nueva generación, reclama el derecho a la singularidad y a la diferencia, unido a un deliberado rechazo a las construcciones omniglobalizantes - como decía Fernando inicialmente- y a cierta incredulidad ante los metarelatos -para continuar con el lenguaje de Lyotard-; los jóvenes conceden un valor primordial a las posibilidades de existir con la propia singularidad y autonomía, a distancia de soluciones impuestas y herencias construidas, y sentirse bien consigo mismos.

Hasta hace no mucho tiempo, la juventud e incluso la adolescencia eran un pasaje entre el mundo de la infancia y el de la edad adulta y ambas estaban bien marcadas; se era niño y luego se pasaba a adulto por una etapa que había que transitar, se arribaba a tocar tierra firme luego de un período intermedio calificado muchas veces como una edad ingrata, de ahí la palabra adolescencia, cuyo sentido etimológico lo supone.

¿Que ocurre hoy?, hoy ser joven y adolescente es un status social, un valor, que en definitiva nos invita a crecer sin envejecer, a tal punto que los niños ya no quieren imitar a sus papás sino a sus hermanos, y lo que todavía es más trágico, los papás no tienen sus referencias puestas en sus propios padres o pares de ciudad sino en sus hijos, y todos intentamos borrar el tiempo que la vida dibuja en nuestro cuerpo. Por eso creo que la juventud es un concepto que la cultura actual pregona, de alguna forma como ideal. El reclamo es la libertad de búsqueda, la posibilidad de intercambiar y dialogar, el derecho a tener convicciones personales, aunque sean titubeantes y provisorias; se valora la producción original, no la imitación. La reivindicación en esta nueva generación, por lo menos a título de ideal, es la posibilidad de construir para cada individuo la autorrealización de su propio sentir -"si tu lo sientes está bien, vale" -y la autogestión del propio derrotero, además de la búsqueda de un sentido o significado al abrigo de cualquier reclutamiento.

En un intento de abordar concretamente esta pregunta sobre la posmodernidad en un México pobre y desigual, ratificaría primeramente mis reservas respecto a, hacer de la pobreza un gran relato unificador y abstracción, en seguimiento de la idea de Lyotard y algunos aspectos de la obra de Jurgen Habermas.

Me animaría a decir que a los jóvenes de la periferia de zonas marginales, a pesar de estar excluidos socialmente, les caracterizan las mismas aspiraciones culturales que hemos atribuido a la juventud en general. La cultura joven se ha vuelto universal, aunque esto se vive unido a la incapacidad de revisar esas aspiraciones

culturales y puede muchas veces generar un sentimiento de enorme frustración y de coraje y exacerbar las conductas de reacción, como por ejemplo el retorno a las bandas, el crecimiento de los desafíos ligados a la etnicidad, etcétera.

Creo que muchos de nosotros podemos -quizá es normal y lógico que así ocurra- sentirnos consternados, de alguna forma, por la reivindicación cultural de la autonomía planteada desde la posmodernidad; ciertamente, es posible debatir sobre las propias ambigüedades y los riesgos de esta perspectiva, pero no ignorarla, porque hablar de posmodernidad en México es hablar de las generaciones que nosotros tenemos delante en nuestra tarea educativa.

FFF. Como es difícil quedarse callado cuando aluden de alguna manera a la propia profesión, voy a reafirmar ese sentido absurdo del filosofar con apoyo de la filósofa e intelectual, senadora del Partido Socialista Obrero Español (PSOE), Victoria Camps, que detentara el poder hasta años recientes en España. A propósito de la educación, Victoria Camps ubica básicamente el problema actual de la educación en su insistencia en la técnica y el alejamiento progresivo de las humanidades, de manera que ha perdido su sentido: ya no se educa para formar en la libertad o para que el individuo sea crítico de los propios valores y la propia situación actual; cada vez se sabe muchísimo de nada, porque hay especialidades, y se sabe mucho menos de la globalidad. La cita que me interesa destacar se refiere a que "el saber especulativo reflexivo está desprestigiado, sobre todo si como le ocurre a la filosofía, plantea problemas insolubles y preguntas sin respuesta"; Camps, en el fondo, pide una mayor valoración al conocimiento "inútil" y al esfuerzo que carece de resultados inmediatos.

Con referencias a Tyes Eliot, recuerda la tragedia que significaba la degradación progresiva de la sabiduría en conocimiento y del conocimiento en información; es decir, ¿hasta qué punto, justamente por no ofrecer cosas inútiles en nuestra formación, no enfrentar a los problemas radicales o visiones más estructurales, la educación no es muy útil, en función de solucionar los problemas reales del país?

En relación a la pregunta, me parece que es retórica y estoy de acuerdo con gran parte de lo dicho; por supuesto que se puede hablar de posmodernidad en México y es evidente en lo que se ha mencionado sobre los alumnos, la gente que tratamos y el presente, o así yo lo siento cuando menos.

Cada quien habla de su propia experiencia, del contacto que tiene paulatinamente, y cada uno de ustedes podrá contrastar qué tanto esto es real en sus casos. Coincido con Rosa Nidia en un sustrato pero por lo que me ha tocado vivir, yo sí cargo un poco más los tintes negativos de la posmodernidad, porque a veces me desespera toparme con los pasotas mexicanos, un término muy español, pero que dice mucho y nombra al tipo de sujetos que pasan de todo conflicto y problema, y por otro lado siento que la degradación de la sociedad es cada vez más terrible, a causa de muchísimos factores, hay inseguridad, corrupción, robo, mentira. Aparece la expectativa de nuevos partidos en el poder y no sabe uno ni a quién irle; ofrecen no corrupción y hay corrupción, engaño, mentira, intereses personales.

Supongo que muchísima gente que no cree en las instituciones, ni en el gobierno, las palabras del presidente o los partidos políticos, ni en la iglesia, como tampoco en la universidad, tal y como sugería Andrés si ¿de veras la escuela ofrece

la posibilidad de solucionar el problema económico? La misma Victoria Camps describe a la universidad en Europa como una escuela y un espacio de formación de desempleados, entre cien egresados, a lo mejor uno, si pasa oposiciones y le gana a todo el resto, puede salir con un trabajo. La posmodernidad intenta responder a la degradación en la que, de alguna u otra forma, nos deja la modernidad, pero suscribe totalmente la inexistencia de un bisturí teórico, y mucho menos práctico, que demarque la conclusión de una y el inicio de la otra, sino que aquí está una combinación, una simbiosis, un hibridismo.

La aldea global, la cibernética o el manejo de Internet, con sus impresionantes alcances para obtener información, son términos o referentes asociados habitualmente con la posmodernidad, que desde mi punto de vista nos afecta a todos en actitudes, escepticismos y reacciones, a través de los medios de comunicación, aunque algunos ni siquiera sepan qué es posmodernidad.

No soy especialista en la posmodernidad e incluso ignoro por qué Miguel Bazdresch me invitó a participar en esta mesa. No pienso que nuestro interés estribe en una discusión europea entre Gianni Vattimo y Gilles Lipovetsky, que intentan impulsar una reflexión sobre la posmodernidad, por un lado y Jaques Derridá, Jean Baudrillard o Jean Francois Lyotard, que tienen una actitud más agresiva ante la modernidad, por el otro.

Sin negar los aspectos positivos que la posmodernidad acarrea, como es la liberación de una razón, de un sentir de la historia muy dominado o de un racionalismo, me parece importante preguntarnos ¿qué tanto la posmodernidad ofrece una visión integrada de la realidad?.

Rosa Nidia ya aludió a un hibridismo y mi gran preocupación en este sentido, más tocante a mi campo, es si tenemos una concepción del hombre, de la sociedad, de la historia y de la realidad que influya en la educación y la hayamos manifestado explícitamente, para saber cómo actuamos ante la posmodernidad. ¿Realmente tenemos una visión que parte de la unidad?, nosotros la hemos desmembrado; siento que modernidad y posmodernidad serían dos núcleos elementales de la persona y que hemos establecido una guerra civil al interior del hombre. ¿De qué se trata: de pensar o sentir, de ser racional o ser un tipo impulsivo?

Es una pregunta mal planteada, porque los énfasis siempre nos llevan al engaño o a la manipulación si no parten del planteo de la unidad, de una cierta base primaria de la unidad, de una integración. A mi modo de ver, el verdadero reto es ¿cómo integrar desde una filosofía superior estos elementos?. ¿Aún desde mi ignorancia y mi falta de mayor adentramiento, lo que he leído sobre posmodernidad no me convence, al grado de pensarla como una alternativa a los problemas de la modernidad, ni tampoco me convence, como está planteada, la modernidad. Sólo una concepción del hombre, que integre inteligencia y sensibilidad como punto de partida unitario, me parece que podrá dar pistas para otro caminar.

La modernidad, por otro lado, también resaltaba el polo individualista; percibo una ruptura con la posibilidad de plantear estructuralmente y con más eficacia los problemas que a todos nos aquejan. Las microutopías y los relatos pequeños, a los que ya hacía referencia Rosa Nidia, entrañan aspectos muy positivos, pero al mismo tiempo, la economía no podemos plantearla a un nivel microeconómico y es necesario combinar, que creo que es la sugerencia de Rosa Nidia. Vamos a

enfrentar esos problemas, pero al mismo tiempo no hay que perder de vista la globalidad, porque no se puede.

Yo destaco ese individualismo como el rostro negativo de la posmodernidad y, por otro lado, algunos de sus críticos, como González Carbajal, Mardones, González Fauss, Velasco Bartolomé, Gómez Barquín, etcétera, encuentran que en el fondo, la posmodernidad implica una nueva forma de conservadurismo. Es decir, de pronto da rabia pensar que la posmodernidad es, de una u otra forma, una herencia europea, como si fuéramos siempre un paso atrás de Europa y recibiéramos tanto sus influjos como sus subproductos más negativos.

Es muy cómodo y me indigna que países primermundistas, como Alemania, Francia o aún Italia con sus muy fuertes contradicciones, pretendan que sus contrapartes del tercer mundo renuncien a ideales y utopías, porque "así es la vida" y "preocúpense del presente". La eliminación de la conciencia histórica, la afirmación del eterno retorno, de lo igual, la desconfianza de todos los discursos, la indiferencia ante políticas de izquierda o derecha, el "todo vale", "cualquier visión es verdadera", la impotencia del sujeto ante la imposición del objeto, la invalidación de la acción humana, etcétera. Son elementos que se pueden entresacar de aquí o de allá, pero parecen fuertes para un país tercermundista que queremos cambiar.

Termino con una frase de Velasco Bartolomé, extraída precisamente de un artículo localizado en Internet: "consideramos que la pretensión de que la perspectiva del torturador y la del torturado, la del explotador y el explotado sean visiones igualmente verdaderas, supone cuando menos un abuso epistemológico y ético; no se puede decir todo es verdad, son miles de verdades o ni siquiera importa la verdad, es decir, no es posible. Ahora es muy cómodo para una sociedad del primer mundo decir 'hombre pues quédense en paz'; no, pues no nos podemos quedar en paz".

Posmodernidad y educación en México

MBP. Estamos sobre la concepción premoderna del tiempo; teóricamente nos faltarían unos minutos para terminar. Vamos a extendernos exactamente hasta quince minutos y en este tiempo les pediría sus planteamientos a la siguiente pregunta, en un minuto, con reloj en mano, para dar paso a las preguntas de todos los asistentes.

¿Qué tiene que ver, cómo afecta la posmodernidad a la educación y a la educación en México, desde la perspectiva de cada uno de ustedes? Así, en pensamiento de telegrama, mientras los participantes piensan alguna pregunta que podamos despejar en los siguientes minutos.

APS. Un pensamiento de telegrama, pero que pueda conjugar verbos. Como este simposium está dedicado a la educación en valores, al currículo, a sus intenciones y realidades, creo que también tendríamos que preguntarnos, aunque en telegrama es muy difícil poder contestar, ¿de qué forma es posible trabajar en valores desde esta perspectiva de la posmodernidad?

Creo que deberíamos reconocer por lo menos en primeramente, la existencia de valores en esto que hemos llamado posmodernidad, que intenté situar en una

modalidad cultural nueva, una manera de vivir nueva. Creo que hay valores que persisten si uno interroga a los jóvenes; si se pone a conversar con ellos ninguno va a negar el querer llegar a tener un trabajo reconocido, ninguno va a negar el deseo de querer fundar una verdadera familia.

También es cierto que hay valores que de alguna forma emergen con mucha más fuerza que en generaciones anteriores, sobre todo el valor de la tolerancia. Tolerancia no significa simplemente tener paciencia, soportar al otro; es aceptar al otro en su diferencia. Creo que nosotros, quizá demasiado metidos en nuestra propia configuración valoral durante los años 60 o 70, éramos muy poco tolerantes con aquellos que pensaban en forma diferente a nosotros; incluso seleccionábamos nuestra amistades: había problemas dentro de la familia, había personas a quienes no saludábamos, intentábamos evitar y cruzábamos a la otra esquina cuando los veíamos venir por la calle y eso ocurría porque éramos intolerantes.

Esta nueva modalidad cultural es tolerante. Aquí hay un valor que deberíamos escuchar y aprender, que deberíamos trabajar a partir de aquí y por supuesto, reconocer que hay valores que se pierden o valores que pierden consistencia; por ejemplo: hay una crisis en las macroidentificaciones sociales y esto es debido a la pluralización de referencias: Peter Berger nos habla de un gran supermercado de estilos de vida.

Frente a eso, lógicamente nos encontramos con una generación que no sabe qué elegir o que elige de todo, un poco de cada cosa y nos confundimos. Si deberíamos insistir en aprender a jerarquizar, aprender a decir de alguna forma, no todo vale en sí. ¿Qué es lo que hace más feliz al hombre? En el fondo, el gran valor que está presente y es propuesto hoy día, también por la posmodernidad, es la felicidad. A nadie se le niega la oportunidad de ser feliz, pero preguntémosnos verdaderamente ¿qué hace más feliz al hombre? y eduquemos a partir de ahí, por supuesto de un concepto amplio de felicidad que reduzca simplemente a su vertiente consumista.

RNB. Es difícil hablar, en breves minutos, de todas estas cosas. Solamente quisiera finalizar con lo siguiente; insistiría en que la posmodernidad no se trata de la desaparición de los valores o de las utopías, sino al contrario, de la proliferación, de la multiplicación de aquello que antes se creía solamente era uno y venía de un origen metafísico o histórico y tenía que derivarse en un mismo camino para todos. Precisamente, a mi juicio, el pensamiento o los pensamientos que ya se han aclarado aquí como posmodernos, son los que nos indican que son muchos. Ahora bien, ante esta multiplicidad el reto que se plantea para el educador es ¿cómo elegir aquellos que tienen que ver con nuestras condiciones existenciales?

No todo vale lo mismo, ni todas las verdades son iguales, pero tampoco existe un lugar absoluto, privilegiado o superior, desde el cual se pueda plantear cuál es la verdad para todos de una vez y para siempre. Ese es el reto más importante que se plantea al educador: si ya no tenemos ese valor absoluto, ese fundamento último, entonces debemos hacernos cargo de las decisiones que tomamos los seres humanos, incluidos los educadores desde luego, tanto aquellos que diseñan políticas a escalas macro como los de escala micro. Asumir esa responsabilidad, que se nos

plantea en la elección de valores relacionados con nuestras condiciones de existencia a una escala micro y a una macro también.

Es necesario que los actuales educadores estén y reconozcan las exigencias, retos y desafíos que implica una condición como la posmoderna, para generar o inventar valores y proponer utopías relativas a nuestras condiciones existenciales, con la modestia implícita de reconocer que éstas van a cambiar en el futuro.

La precariedad de los valores es otra dimensión, para cuya introducción en profundidad carecemos de tiempo en este momento. Nuestros valores no son eternos: lo que ahora sirve, posiblemente sea totalmente obsoleto dentro de diez años; tengamos la humildad de saber que aún con todo el esfuerzo a veces no podemos resolver nada.

Las condiciones existenciales actuales quizá carezcan de sentido dentro de cinco años, pero sí lo tienen para los problemas que enfrentamos actualmente. Por tanto, no todo vale igual, no da lo mismo, precisamente porque no tenemos un valor superior preestablecido, ni tampoco un telos, una finalidad preestablecida, de la que debemos que hacernos cargo. Si estuviera preestablecido, no tendríamos ningún problema y simplemente acataríamos eso que ya está dado, pero si cuestionamos esto que ya esté dado, entonces la responsabilidad es nuestra.

FFF. Siempre decimos hay que ser breves, pero a ver si se puede. Quizá lo que concluiría y sugeriría a propósito de los valores es que, desde mi punto de vista, habría que replantear el concepto de educación; dado que todos ustedes son educadores, ¿que pretenden con la educación? En la medida de que sólo sean transmisores de conocimientos, me parecería muy pobre la aportación: pienso por ejemplo, en los grandes criminales, que pueden ser políticos, ecónomos, directores de bancos, muchos de ellos con estudios en escuelas y universidades, pero sin una formación verdaderamente ética, de responsabilidad; no hay una educación de libertad y una apertura a la colectividad.

A veces, sólo educan para premiar a través de las notas, que establecen la competitividad, entendida -desde el inicio de la formación- como ser mejor que los demás, para luego aplastar a los otros. Entonces, ¿qué hay que cambiar realmente, para suscitar una educación que sea más integral y que atienda y responda a lo que realmente queremos?

Pienso que el supuesto es una concepción integral de la persona profundamente fincada en un análisis de la realidad, en relación a la persona. Ni siquiera la persona, desde mi perspectiva, es el criterio último de los valores, sino el contacto con la realidad, la realidad es más que la persona.

Preguntas de los asistentes

RNB. Una pregunta dice ¿qué relación existe entre el concepto de globalidad y posmodernidad? o ¿cómo podríamos relacionar el pensar globalmente y actuar localmente?

Esta es una interrogante que reflexionamos bastante en el IV Congreso de Investigación Educativa, que tuvo lugar el año pasado en Mérida. Este es un tema muy importante: como he sostenido que la posmodernidad implica tres dimensiones,

una condición existencial, un horizonte de inteligibilidad y una actitud ante las condiciones existenciales, mediadas por el horizonte de inteligibilidad, que ponen de relieve la heterogeneidad, la diferencia o el carácter local de las condiciones de existencia, parecería que olvido toda dimensión global. Y si di esa impresión, quiero corregirla. Por globalización o por globalismo muchas veces se entiende la búsqueda de la homogeneidad o que todos nos rijamos por un mismo modelo, a lo que me opongo; pero si por globalismo o globalización entendemos el reconocimiento de la diferencia, entonces el ejercicio que se nos presenta -y creo que aquí el filósofo, por su profesión, tiene una tarea muy importante, como decía Fernando- es plantear problemas que no tienen solución, preguntas que no tienen respuestas y el conocimiento, la reflexión ética y la producción de proyectos políticos avanzan precisamente con el quehacer de formularse preguntas.

Terminado este paréntesis de elogio a la tarea de los filósofos, pienso que el problema para reflexionar es el de las escalas: la escala microsocia, la escala macrosocia y la escala global. Me parece que el contacto es una categoría muy interesante que recoge Alicia de Alba, pedagoga mexicana; antes que abandonar una perspectiva global, se trata de repensarla, no con vistas a la construcción de lo homogéneo, sino con vistas al reconocimiento de la heterogeneidad y contactos posibles.

APS. Aquí hay una pregunta, que es clásica hoy día: ¿qué posición exhibe la posmodernidad en situaciones éticas tan controvertidas como el aborto, en las que los límites están tan difusos?

La pregunta es clásica porque el aborto es uno de esos temas que los medios de comunicación conocen muy bien y en los que es muy fácil manipular la opinión pública, de ahí que en muchos países se estime como no prudente colocar a plebiscito este tipo de preguntas. Por otro lado, en una nación como Suiza aparece un plebiscito casi cada semana, ¿por qué el temor en otros países? Existen aspectos tan controvertidos de la vida humana donde influyen, por supuesto, las decisiones personales, pero cuando son globalizados y planteados, en mesa, dinamizándose por grandes corrientes de opinión; sería muy moderno, -los grandes relatos unificadores nuevamente- que pase algo similar con la pena de muerte.

Por ejemplo, el otro día amanecimos con la noticia sobre unos adolescentes de una escuela secundaria que intentaron matar a una compañera de clase; e inmediatamente la estación televisora incitó a un plebiscito, entre su audiencia, con la pregunta ¿quiénes estaban a favor o en contra de reducir la edad de imputabilidad desde el punto de vista penal? Ante una noticia de ese tipo muy pocos se animaban a decir que no y era visible la manipulación de la opinión pública.

Con el aborto ocurre algo similar. Esa manera de proceder, que incluso a veces emulamos cuando estos temas emergen en nuestros salones de clase, no ayudan a una reflexión seria. Tenemos que partir de la base de que uno de los grandes paradigmas de la posmodernidad es el surgimiento, cada vez más presente, de una moral autónoma, a diferencia de una moral heterónoma. La moral heterónoma descansa sobre principios de acción más exteriores a la persona, que se pregunta: ¿qué hay que hacer? ¿qué debo hacer?, como si una tercera instancia tuviera que

decidir sobre ello. Cada vez nos acercamos más al campo donde cada uno comienza a decidir por sí mismo.

El problema es que dicha moral autónoma muchas veces se construye sin una verdadera pregunta crítica, reducida a las implicaciones: si a ti te parece bien, entonces está bien; si a ti te parece mal, entonces está mal; tú decides entonces. Me parece que, la mejor forma de alcanzar una moral autónoma es poder relevar y ayudar a plantear verdaderas preguntas críticas, que sostengan a un verdadero discernimiento en las personas sobre lo que está en juego y la elección de una opción u otra; tú sí decides. Lo que sí parece una imposición de la posmodernidad es la casi imposibilidad de dar marcha atrás: si decides, tienes que asumir, conocer y sopesar las consecuencias en tu decisión.

Se dice que hay apatía hoy en día y pérdida de capacidad de asombro en los jóvenes, ¿cómo se relaciona con el pensamiento posmoderno?

Primero diferenciaría, respecto de la posmodernidad, una actitud típica de los jóvenes y que fue típica en todos nosotros en todas las generaciones.

Creo que sí hay actitudes que puedan ser más relevantes de una modalidad cultural nueva, emergente y actitudes que forman parte de la etapa que debe atravesar todo joven. Es cierto que hoy los psicólogos nos enseñan que probablemente los jóvenes sí están muy influenciados por el problema de la posmodernidad y que la adolescencia como etapa intermedia, crítica, se ha estirado como chicle, comienza prácticamente a los nueve ó diez años de edad y quizá siga hasta los 25 años; esto implica el muy serio aspecto de que algunos de nuestros estudiantes egresan de la universidad aún con comportamientos adolescentes.

Y creo que puede ser perfectamente atribuible a una sociedad posmoderna. Pero por supuesto varía de ambientes más protegidos, donde la adolescencia es más larga, a ambientes menos protegidos, donde hay que salir a trabajar o ganarse la vida en la calle, la adolescencia es más corta o no existe. Por lo tanto no podría calificar como actitud posmoderna la apatía o pérdida de capacidad de asombro; quizá haya otros tipos de asombros, que no han sido los nuestros.

FFF. Sigue la lucha contra el tiempo, de manera que seré muy breve. Alguien pregunta ¿si hay espacios, foros o alternativas donde se pueda continuar discutiendo para cuestionar la posmodernidad, dado que son actitudes como implantadas que nos van saliendo?, ¿cómo ser críticos frente a ello?. Simplemente respondería que:

Cada vez hay más foros y espacios para discutir públicamente esto; como afirmaba Andrés, no es raro que este tipo de eventos se organicen por muchos lados. Es un tema de discusión que se ha filtrado, a todos los ámbitos y del que se habla desde hace mucho tiempo.

Por otro lado, creo que esto no evade la responsabilidad y búsqueda personal en discusiones grupales en la escuela o en la lectura. Lo que sí me parece importante es tener una actitud o tomar una posición, porque de lo contrario sólo nos involucramos sin detenernos jamás a pensar en ello.

Otra pregunta, la que se refiere a ¿cuál es la palabra que la iglesia de Jesucristo pronuncia frente a la posmodernidad en América Latina? No se cual sea la palabra, aunque de repente se oye es una palabra de condena: se condena el new age, por ejemplo, porque es diabólico y quizá no por parte de la iglesia sino de algunos

movimientos de derecha. A pesar que desconozco la postura oficial de la iglesia y que ésta tampoco es un monolito, la pregunta me importa en la medida que una actitud de condena me parece inservible y que son moralismos que deberíamos suprimir ya. Son fenómenos, con relevancia socio-histórica, ante los cuales hay que abrirse, analizarlos, rescatarlos, tratar de verlos e integrarlos de otra forma. Como comentamos al final sobre la posmodernidad en América Latina, la injusticia origina la pregunta más crítica. Un movimiento así, con estas actitudes, favorece a que luchemos más por la justicia en nuestro país; y si no ayuda, pues cuidado, porque nos "tragamos" y el país sigue cada vez peor.

RNB. Llegaron un par de preguntas más que se relacionan mucho y aluden a los planteamientos neoliberales, la globalización y la posmodernidad. En este sentido, sostendría que los planteamientos neoliberales, a los cuales a veces califico de neoconservadores, no pueden ser equiparables ni con la globalización, ni con la posmodernidad, sino que forman parte de la heterogeneidad vigente. Desde luego, tengo serias dificultades, con el neoliberalismo, sobre todo en la medida en que ocasiona muchísimas situaciones opresivas en diversos ámbitos y a diversas escalas de la vida social, no solamente en México, sino en toda América Latina y en otros países del mundo, incluso los altamente industrializados.

El neoliberalismo es una de las tendencias económicas cuyo vertiente intelectual calificaría de neoconservadurismo; la posición que se tenga ante él depende de los valores éticos y políticos que uno asuma y de los cuales uno se haga responsable. A nivel global, efectivamente, las medidas neoliberales penetran por muchísimos lugares, sin implicar que no podamos hacer nada ante esta penetración. A mi juicio, el individuo ya es un precipitado social, no es presocial, sino que es el conjunto y la articulación particular de una serie de convenciones sociales, que en esta medida el individuo participa de su entorno social.

Posmodernidad es una condición existencial, la coexistencia del proyecto neoliberal y de otros muchos otros proyectos. La situación del educador es reflexionar en torno a ella, tomar decisiones y responsabilizarse frente a ellas, dadas las tareas sociales que tenemos encomendadas. Quizás es una respuesta muy general, pero tampoco el tiempo ofrece una mayor posibilidad.

Hay una pregunta que es muy interesante, especialmente porque soy agnóstica, dice: si la mayor parte de los mexicanos somos católicos ¿por qué no volver la vista hacia esos valores y hacia la concepción del hombre y un fin último?. Tengo que reiterar mi condición de agnóstica y aclarar que no significa desconocer la presencia mayoritaria del catolicismo en México, como tampoco la existencia de catolicismos - en plural- en el país. La historia del catolicismo en México -y ya comentó Fernando- nos muestra que su iglesia no es mololítica y la diversificación de posiciones en su seno. Al ser agnóstica, he colaborado en muchas ocasiones con grupos tanto, católicos como de otras religiones.

El reto es localizar las posibilidades de formar equivalencias de orden ético, político y sociológico con estos grupos. Volver la mirada hacia un fin último, sí va en contra de la posición que tengo en relación a la posmodernidad. Como horizonte intelectual, la posmodernidad no aceptaría un fin último, tampoco que los valores humanos, sociales, éticos y políticos sean la derivación de una filosofía superior. Al

respecto, existen incompatibilidades fuertes entre las posiciones que sostengo y la que asumen algunas religiones, no sólo la católica, pero no descalifico de antemano toda posibilidad de articulación con gente que tiene fuertes convicciones religiosas. Hay diversas formas de catolicismo en México y la respuesta depende de la forma de catolicismo a la que se refiere la persona que formuló la pregunta.

Terminación

MBP. Para concluir: Los cambios conceptuales del pensamiento posmoderno se centran en la crítica a las promesas no cumplidas de la confianza absoluta en la razón. De ahí la crítica a los productos racionales culturales: utopías, racionalismo, unidad-homogénea y cientismo.

Se puede hablar de la posmodernidad en México no como moda intelectual sino en dimensiones tales como condición existencial, vida cotidiana y herramientas para pensar los modos y formas como hoy vive y se enfrenta a sí mismo el hombre y el joven en la calle.

La educación puede facilitar la apropiación de revivir valores y del proceso mismo de valorar. La posmodernidad es un pensamiento para fomentar la actitud crítica en alumnos, jóvenes y maestros.

Expresa su especial agradecimiento a los participantes para plantear sus opiniones e ideas en relación a la posmodernidad.